

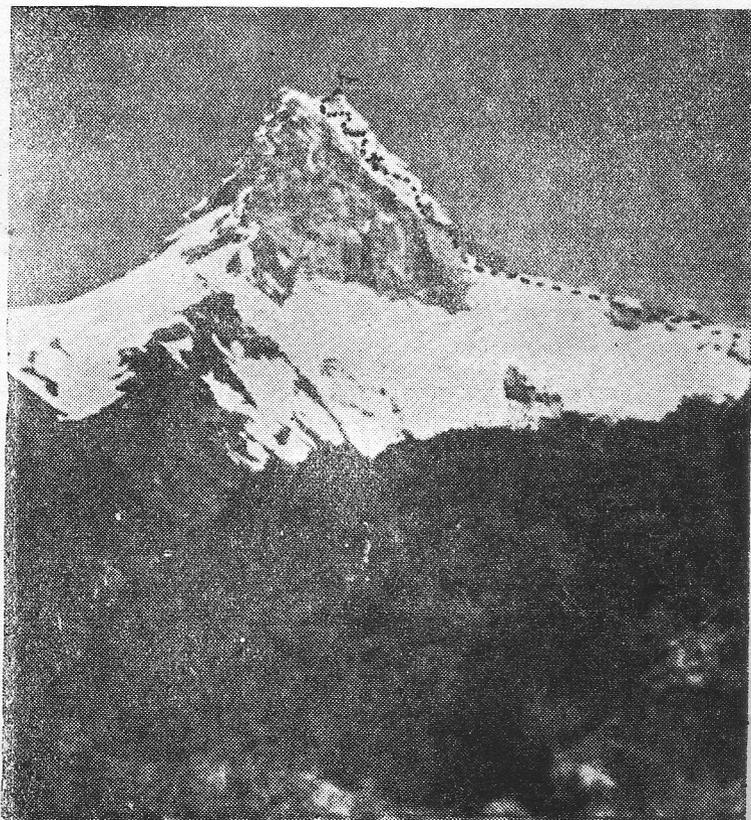
La primera ascensión al "Cerro Puntiagudo"

FUE GLORIOSA Y DRAMATICA

RUDI ROTH Y HERMANN HESS DESPUES DE VENCER LA EMPINADA CUMBRE RODARON AL ABISMO.— UNA CRUZ EN LA ALTURA RECUERDA AHORA LA MUERTE DE ROTH

El "Puntiagudo" es el cerro más enhiesto y empinado de todo el Sur de Chile y su abrupta silueta se corta en el azul del cielo como una espada que horada las nubes proyectándose a su vez en el verde espejo del lago Todos los Santos. El panorama del "Puntiagudo" —precediendo por el Norte al "Osorno" y al "Calbu-

cumbre. El miércoles 8 de septiembre de 1937 el Puntiagudo **fué ascendido por primera y única vez** por los andinistas Hermann Hess y Rodolfo Roth, miembros del Club Andino Osorno y el hecho produjo gran sensación por el meritorio triunfo de estos jóvenes y por el malogrado final de su hazaña.



La cumbre del Cerro Puntiagudo, con la ruta de la trágica expedición de Hess y Roth. La cruz indica el lugar donde Rudi Roth encontró la muerte.

— es un espectáculo impresionante desde el punto turístico del ferrocarril del Sur por el lago Lanquihue y desde todos los divisaderos de la cordillera de esas regiones.

Tiene 2.494 metros de altura, pero su ascensión constituye una arriesgada empresa alpinística por la fuerte y escarpada pendiente de su

Roth y Hess lograron vencer con toda felicidad la cumbre después de una concienzuda y cuidadosa ascensión y comenzaron el descenso con todas las precauciones del caso, unidos por la cuerda. No usaron los grampones porque estimaron —por el estudio de la pendiente— que eran preferibles los escalones en el hielo.

Pero la montaña no se sintió satisfecha de haber sido vencida y repentinamente **un resbalón los lanzó al abismo**. Hess se encontró gravemente herido sin la soga y sin encontrar indicios de su compañero. Al día siguiente se arrastró penosamente por el ventisquero —había permanecido inconsciente toda la noche— y logró hacer el descenso para dar urgente aviso.

Se sucedieron varias expediciones de auxilio. La misma noche subieron los señores Francisco

Shirmer, Oscar y Federico Bade y Friedel Reichert hasta el campamento del Punttiagudo, pero una fuerte tormenta de nieve hizo infructuosa la búsqueda del cuerpo de Roth.

El 11 de septiembre sube una nueva expedición organizada en Bariloche participando los señores Otto Meiling, doctor Juan Neumeyer, Edwin Henke, Shirmer, Bade y el mismo Hess, algo repuesto de sus heridas; exploraron cuidadosamente y descendieron hasta el fondo de muchas grietas sin encontrar indicios. El día 12 regresan Meiling y Hess y exploran en otros sectores de hielo hasta el día 20 con resultados negativos, a pesar de penetrar grietas hasta de 60 metros. **El joven Rudi Roth se dió por perdido definitivamente.**

Dos nuevas comisiones que subieron en octubre y noviembre tampoco encontraron nada y el 23 de diciembre, Meiling y Hess vuelven al lugar y con tres peones transportan hasta 1.700 metros de altura una gran cruz instalando el monumento recordatorio con una placa enviada por sus atribulados padres.

Pero en abril de 1938, D. Otto Meiling y Sr. Herber Wechler vuelven al Punttiagudo en busca del cadáver de Rudi Roth y esta vez lo **gran encontrarlo alrededor de los 2.000 mts. de altura**, el 18 de abril a las 15 horas. Se encontraba cara abajo cubierto de hielo y con la soga enredada en las piernas. Tomaron una fotografía y finalmente el día 20 en compañía de Hess, Neumeyer y Bade bajaron el cuerpo hasta el lugar de la cruz donde **se le dió sepultura entre las rocas.**

El examen del doctor Neumeyer indicó que la muerte había sido instantánea, por las graves lesiones producidas en una caída de cien metros más a abajo del lugar donde cayó Hess, en distinta dirección y chocando la cabeza contra las rocas; los pies se enredaron en la soga y no se pudo determinar si ésta se cortó o se des-

RAMON
ROIGE



VINOS Y LICORES
POR MAYOR



VALDIVIA 675

CAS. 94 TEL. 305

OSORNO

ALMACENES "EL AGUILA"

RAMIREZ 1100 — CASILLA 266 — TEL. 417

OSORNO

COMPLETO SURTIDO EN

TALABARTERIA, MUEBLERIA, ROPA HECHA

ESPECIALIDAD EN COLCHONES Y SOMIERES

FABRICADOS SOBRE MEDIDA

centro de Hess por abajo de las piernas. Seguramente si esto no hubiera sucedido ambos ascensos habrían corrido la misma suerte.

Rodolfo Roth reposa ahora entre las mismas rocas del Punttagudo que él escalara en un her-

moso triunfo hasta su cumbre malogrando en su caída su juventud plena y sus ansias de ideal.

Insertamos a continuación una parte de la versión escrita por el único testigo, Hermann Hess tomada del diario de la expedición:

TERCERA ASCENSION DEL CERVO PUNTTAGUDO

El día 11 de septiembre presente, en Peulla, el suscrito, Hermann Hess, ciudadano suizo de 22 años, de profesión ingeniero y el señor Rodolfo Roth, de 35 años, natural de Peulla, con la intención de hacer una inspección y reconocimiento del cerro "Punttagudo" e intentar la ascensión, dado que las condiciones atmosféricas fueran favorables, me acompañaba en esta expedición, en calidad de mozo, el señor Hugo, habitante de Peulla. A las 10 horas llegamos a la casa del señor Paul Schindler, administrador del fundo "Punttagudo", donde, después de almorzar, emprendimos viaje, acompañándonos el señor Hugo, hasta la terminación de la vía. Desde aquí continuamos hasta el Punttagudo, donde Rodolfo Roth y yo hasta las 12 horas, donde, y a más de 1000 metros de altura, dejamos nuestra carpa y pernoctamos.

El día 12 dejamos la carpa a las 8 horas, encaminándonos hasta el pico del cerro que forma la cumbre del "Punttagudo". Inspeccionamos cuidadosamente la paredón, las condiciones perfectamente de las rocas, del hielo y nieve circundantes, las que se presentaban como para intentar la ascensión, y más o menos a las 10 horas, a unos 200 metros de altura almorzamos, recordando el resto de la expedición, encontrando condiciones excelentes para el ascenso, pues además, el tiempo era favorable y sin tendencia a cambiar.

El día 13 de septiembre, el señor Rodolfo Roth me acompañó para intentar el ascenso antes. Bajamos temerariamente la carpa, donde nos refugiamos de oscurecer, a fin de estar preparados para la dura expedición siguiente día.

El día 14 de septiembre, nos desayunamos a las 8 horas, emprendiendo la marcha, llevando conmigo pan y chocolate. A las 10 horas llegamos de nuevo a la carpa, como propiamente dicho. Después de preparar la mochila y la sogá más fuerte, empezamos la ascensión con la mochila de mi compañero, empezamos la ascensión con una sogá, a una

distancia de 36 metros. Principié a practicar los escalones, buscando los seguros para pies y manos, trepando por una fuerte pendiente toda cubierta de nieve y hielo.

A las dos horas de trepar, llegamos a una parte donde se producían constantes desprendimientos de trozos de hielo, teniendo que resguardarnos debajo de una especie de plataforma, a la espera que el sol, al dejar en sombras esa parte, permitiera cruzarla sin peligro. Efectivamente y como lo suponíamos, en el tiempo fijado pudimos reanudar nuestro ascenso, tomando toda clase de precauciones, por espacio de cuatro horas, encontrando las condiciones más favorables que abajo, pero en una fuerte gradiente que llegaba frecuentemente a los ochenta grados.

Con la satisfacción que es de imaginar, por haber vencido en esta difícilísima prueba, llegamos a la cumbre del "Punttagudo", a las 16 horas. Descansamos allí tres cuartos de hora, tomamos té, impresionamos algunas placas fotográficas y emprendimos de inmediato el descenso.

Avanzábamos muy bien, aprovechando nuestros propios escalones que ahora se habían helado y presentaban perfectas condiciones de seguridad. Más o menos a las 16.30 horas, cerca ya de la entrada del pico (faltaban más o menos diez minutos) mi compañero me dijo: "ya lo hemos vencido", a lo que le repliqué que aún faltaba un pedazo. Minutos después, y teniendo toda mi atención concentrada en el descenso, sentí un fuerte tirón de la sogá y, aun cuando yo me encontraba muy bien asegurado, se desprendió la nieve de los escalones en que pisaba, precipitándome en el vacío tras mi compañero. Dos veces alcancé, instintivamente, a clavar mi piqueta en la nieve, pero sin resultado. Lo último que recuerdo es haberme sentido pasar por sobre la muralla de hielo y caer al abismo.

Volví al conocimiento ya bastante entrada la noche, sin darme cuenta del lugar en que me encontraba y sólo pude apercibirme que yacía sobre un ventisquero. Me encontraba en tan deplorables condiciones que estaba imposibilitado para moverme, habiendo permanecido

toda la noche en el mismo lugar, la que, afortunadamente, no se presentó excesivamente fría.

Al amanecer, encontrándome algo mejor hice un esfuerzo supremo, empecé la búsqueda de mi compañero llamándolo al mismo tiempo a gritos. Examiné una grieta que había al lado del lugar en que vine a caer y otra próxima sin resultado. Dándome cuenta que en el estado en que me encontraba, la única solución era tratar de llegar a la carpa, pues para hoy, día 9, nuestro mozo Isaías Vargas debía venir a nuestro encuentro en la mañana. Reuní mis últimas fuerzas y conseguí llegar hasta allá en más o menos tres horas de marcha; media hora después llegaba también Vargas, con cuya ayuda conseguí llegar a la casa del señor Paul Schindler como a las 15 horas. Relaté lo sucedido, disponiéndose inmediatamente al socorro para ubicar a mi compañero. Solicité, antes que nada, que se llevara una sogá de, por lo menos, 60 metros de largo y la inmediata venida, desde San Carlos de Bariloche, del señor Otto Meiling con algún compañero, pues es él, a mi juicio, una de las pocas personas capacitadas para hacer fructuosa la búsqueda de Rodolfo Roth.

En el ventisquero donde permanecí toda la noche siguiente a mi caída, existe una grieta a pocos metros, atravesada por un puente de nieve helada, que tenía evidentes señas de perforación, como si un objeto hubiera caído encima atravesándolo y presumo que pueda ser un rastro de mi infortunado compañero.

Al volver de mi desvanecimiento tenía aún puesta la mochila, eso sí que completamente vacía, y de la sogá con que estábamos atados, no había indicios.

Fuera de las lesiones externas que tengo, he sentido un fuerte dolor en el plexo y estómago, cuyo motivo no acierto a explicar.

La altura de nuestra caída la calculo en más o menos 100 metros, y debo confesar que en todo momento yo me consideré también "perdido".

Hermann Hess.

Punttagudo, 11 de septiembre de 1937.